



EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1931

NUM. 7



LA MADRECITA

LA MADRECITA

María Luisa tiene apenas doce años, y digo apenas, porque los ha cumplido hace pocos días.

A pesar de sus pocos años, es ya una verdadera ama de casa.

Ella sola cuida de su hermanito Adolfo, y de su pobre madre, que está postrada en cama hace mucho tiempo, víctima de pertinaz dolencia.

Pero lo hace con una solicitud, un esmero y una constancia que exceden a toda ponderación.

Por eso cuantos la conocen la llaman «la madrecita», especialmente Adolfo que no sabe nombrarla de otra manera.

Durante las horas en que el padre, hombre de talento, pero escaso de bienes de fortuna, anda por ahí de ceca en meca trabajando en sus negocios, no hay en la casa más autoridad que la de María Luisa.

Para demostraros en detalle las aptitudes que despliega esta niña encantadora, basta que os fijéis en las operaciones que lleva a cabo desde que se despierta hasta que llega el momento de recogerse por la noche.

A las seis de la mañana abandona el lecho, y se lava y se peina ella sola con una perfección admirable.

Terminada su oración matinal, el primer cuidado de María Luisa es lavar y vestir a su hermanito.

Después arregla y limpia su alcoba, hace las camas y todo lo deja que da gusto, haciendo tiempo con esto a que su padre se levante y puedan entrar ambos hermanitos a dar un beso a su mamá.

Acto continuo «la madrecita» va a la

cocina, para ver si la criada se ha levantado temprano o está esperando, como hacen muchas de ellas, a que los amos la despierten.

Por fortuna la criada es una chica muy madrugadora y que secunda admirablemente los esfuerzos de su señorita.

Entre las dos preparan el desayuno para la mamá en primer término, y después el almuerzo para el papá, que tiene que marcharse a sus negocios, y no es cosa de que lleve el estómago vacío o se vea precisado a almorzar fuera de casa,

En el centro del día, ¿sabéis a qué se dedica «la madrecita»? A repasar la ropa blanca, cosiendo y arreglando todo lo que encuentra defectuoso.

He aquí que ha llegado la hora de comer; el papá no debe tardar, Adolfo tiene hambre, y María Luisa ha puesto ella misma la mesa... en el gabinete contiguo a la alcoba de la enferma.

Esta los verá comer desde su cama, y casi, casi comerá con ellos, como en aquellos felices tiempos en que se sentaban todos juntos a la mesa.

Ahora bien, ¿creéis que «la madrecita» no sabe emplear provechosamente las horas de la tarde?

Nada de eso: mientras Adolfo se entretiene con sus juguetes, ella repasa sus lecciones de francés y de aritmética, que el papá ha de tomarle por la noche.



EL PAJARO LIBRE

Mi gata Monina es buena cazadora; no se parece a mí, que por no matar a las aves no quiero ser cazador.

Y como el jardín de mi casa es morada de multitud de gorriones, mi gatita encuentra allí hermosos sitios para ponerse al acecho detrás de un arbusto, y poder coger descuidados a los pajarillos.

¡Y vaya si son atrevidos mis huéspedes, y se entran a veces en la cuadra, buscando los granos de cebada que suelen caer al suelo!

La otra mañana el atrevimiento pudo costar caro a un gorrión. Monina estaba escondida tras la puerta, y aguardaba, paciente, que un pájaro pasara al alcance de sus uñas para atraparlo.

Y cayó uno, incauto el pobrecillo, y la gata le atrapó veloz, corriendo con él en busca de su madre.

Porque habéis de saber que yo tengo otra gata, blanca como la nieve, de quien la primera es hija; las dos se quieren mucho.

Por eso se llaman una a otra para compartir sus comidas; y por eso al pillar la Monina el gorrión, llegó veloz en busca de su madre.

Mi hija María almorzaba en aquel momento, y pudo distinguir el gorrión en la boca de la gata: visto y correr tras ella fué todo uno.

Monina! ¡Pícaro!—le decía.—¡No mates al pobre prisionero; suelta el gorrión.

Pero la gata, otras veces obediente a la voz de su ama, huía de mi niña, y pretendía esconderse con su presa.

Hubo misericordia: la gata se detuvo y soltó su caza en manos de mi María, que asustada, parecía sentir extraordinariamente el triste fin del ave desgraciada.

No estaba muerta; la gata no había

apretado sus dientes, y el pájaro vivía y parecía animarse por momentos.

—Mira, mamá, mira—dijo mi hija,— ¡Está vivo, quiere volar!

Y así diciendo, la inocente abrió su mano para enseñar el ave; y ésta, sintiéndose libre, voló de pronto.

Sonó un ¡ay!, y la gatilla que estaba atenta cual si creyera recuperar al pájaro, dió un gran salto, atrapando a aquél, que de nuevo fué a perder en sus dientes la libertad, y a estar en inminente peligro de morir.

Esta vez mi hija estuvo pronta, y atrapó a la gata velozmente: el gorrión salió de nuevo de su estrecha prisión, volviendo a manos de mi niña.

—¡Murió!

Está fué su exclamación al enseñar la misera ave, sin movimiento al parecer.

Pero el gorrión no estaba muerto, empezó a moverse, a dar señales de vida.

—¡Vive, vive!

La alegría iluminaba el rostro de María cual si hubiese obtenido un triunfo notabilísimo.

—Pues ahora—exclamó—no lo coge más el gato; voy a ponerlo al sol en una jaulita.

Y así lo hizo, colocando el gorrión en la pequeña jaula vacía, donde el sol, pudiera calentarlo.

Pasó largo rato, y el ave, triste tornóse alegre y vivaracha.

Vióle mi María, que había vuelto para terminar su almuerzo, y le pareció imposible que el ave, dos veces cogida entre los dientes, escapar pudiera sin el menor mal: cogió la jaula, abrió la portezuela,

creyendo en su inocencia que el gorrión esperaba solamente sus caricias.

No era así: la puerta libre mostraba al prisionero el espacio sin fin ante su vista: la libertad perdida, la santa libertad.

Y como mi hija miraba extasiada al pajarillo, cual si le pareciera imposible que daño no tuviera y la puerta de la jaula estaba abierta, el pájaro voló, dando alegres pitadas, cual si quisiera dar gracias por aquella liberación que obtenía.

Mi hija quedó atónita: el gorrión voló y se perdió de vista: estupefacta María, dirigía su vista al espacio, cual si pretendiera llamar al fugitivo y querer atraerle a la morada, tan poco tiempo habitada como prontamente abandonada.

—¿Voló?— la dije—Alégrate de su marcha: él es libre ahora y dichoso, y tú debes serlo también ante tu triunfo, no sientas su partida, para asegurar su vida pudiste rescatar el avecilla moribunda casi; si has obtenido la realización de tu ideal, eres triunfadora, no vencida.

Tal vez esta tarde—continué diciéndole—cuando el sol se acerca al horizonte, y todos los gorriones que duermen en nuestros patios vengan, como todas las tardes, a buscar el sitio donde encuentran seguro asilo, tal vez entre el canto general oigas la voz del pobre prisionero, libre por tí, por tí dichoso. ¡Quién sabe hija mía si en medio de su dicha te envía sus trinos melodiosos como pago de tu sentimiento, de tu beneficio, y allá en su voz, en su precioso canto, te da las gracias por el bien recibido!

Yo creo que el hombre sería feliz viviendo en paz con la Naturaleza; haciendo a las aves sus compañeras, y logrando la

armonía de lo que vive y es. Por desgracia, todos pretenden destruir, y son pocos, poquíssimos, los que logran el elevado sentimiento que haría de la tierra el posible paraíso.

Mi hija espera nueva ocasión de liberar al pajarillo que logre su gatita, y en tretanto ha echado a su Monina un sermón de padre y muy señor mío: me temo sin embargo, que no dé resultado, porque no cuento con que la pícara gata olvide su natural costumbre y se abstenga de cazar pajarillos.



UNA REPUBLICA MODELO

Hay maridos ejemplares, como D. Bruno Berengenas que dialogaba con su amigo D. Policarpo Camarón, Este le decía:

—No hay muchos hombres tan felices como tú en el seno de la familia.

—Como que mi casa es una República modelo. Verás: ministro de Hacienda, mi mujer; ministro de Guerra, mi suegra; ministro de Relaciones, mi hija; minis...

—Por supuesto que tú eres el Presidente.

—No, hombre; se conoce que eres un solterón ignorante. La silla presidencial la ocupa la cocinera.

—Entonces, ¿tú qué eres?

—Yo... soy el pueblo que paga las contribuciones.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año: en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.*—Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imprenta: Bravo Murillo, 72